

Ecós de consciéncias: metamorfosis sistemática del discurso de género en el espacio escolar

Echoes of consciences: systematic metamorphosis of gender discourse in the school space

MARCOS SANTANA

llsantana_44@yahoo.es

RESUMEN

El presente artículo reflexiona sobre la conformación de las identidades de género en un espacio de enseñanza institucionalizada. Descubre que el discurso performativo que gestan los sujetos de edades tempranas reproducen y naturalizan tanto idearios como representaciones sexo genéricas convencionales. Argumento que el común de los hombres en edades consecuentes acaece en un continuum de la reproducción de esta imagen hegemónico cultural. No obstante, las mujeres difieren de este cometido, inciden en un principio de diferenciación por cuanto construyen un discurso identitario al margen de las manifestaciones simbólicas tradicionales. Sostengo que existen consciencias, masculinidades y feminidades, que transitan al establecimiento de un nuevo orden de género desde la apropiación práctica y discursiva de los acontecimientos más comunes de la vida.

Palabras Clave: *género, masculinidades, feminidades, educación.*

ABSTRACT

This article reflects on the formation of gender identities in an institutionalized teaching space. He discovers that the performative discourse that subjects of early ages generate reproduce and naturalize both ideologies and conventional gender representations. I argue that the common of men in consequential ages occurs in a continuum of the reproduction of this cultural hegemonic image. However, women differ from this task, they insist on a principle of differentiation in that they construct an identity discourse outside of traditional symbolic manifestations. I argue that there are consciousnesses, masculinities and femininities, which transition to the establishment of a new gender order from the practical and discursive appropriation of the most common events in life.

Keywords: *gender, masculinities, femininities, education.*

1. Introducción

El presente artículo tiene por objeto analizar la construcción de identidades sexo genéricas desde el espacio de convivencia escolar a través de entrevistas comparativas entre la sección primaria y secundaria de la Institución Educativa¹. La investigación refiere a un estudio cualitativo realizado entre enero y mayo del año 2024. Se realizaron 30 entrevistas orientadas por paridad de género y estructuradas conforme a la edad de los sujetos implicados. Sus opiniones están registradas por seudónimos con el fin de precautelar la privacidad e identidad de las y los estudiantes referidos en el presente.

Sostengo que la identidad de género de los sujetos está conformada por un discurso determinante de un simbolismo heteronormativo cultural. Las feminidades y masculinidades que

¹ La institución educativa es de sostenimiento particular, de estrato social medio alto. El eje central de su oferta es la educación católica guiada por un carisma legitimado en el modelo de la paternidad de Dios.

reposan sobre esta estructura reproducen estos idearios simbólicos legitimando espacios de subordinación. No obstante, pese a la imposición de este ordenamiento que define y determina representaciones sociales para los sujetos, resalto la fisura de tal hegemonía discursiva y práctica en la construcción de discursos identitarios alejados de este tradicionalismo. En efecto, existen nuevas formas de entender y performar masculinidades y feminidades; identidades que se gestan en el eco de un discurso que problematiza el orden establecido e inquiere nuevas formas de entender una vida teórica y práctica alejadas del orden de género tradicional.

Para sostener la idea relativa a la problematización del simbolismo de género predominante y el establecimiento de nuevos espacios de comprensión de identidades, fue necesario disgregar a los sujetos desde su condición generacional. En tal razón, se identificó que los estudiantes que están en edades tempranas naturalizan y reproducen la estructura discursiva tradicional del género. Por otro lado, muchos de los sujetos quienes responden a las edades consecuentes reconocen la incidencia del discurso de género jerárquico y subordinado, a partir del cual, generan ideas iterativas a una conformación estructural diferente. En efecto, las edades del alcance del estudio se encuentran entre 10 a 12 años, pertenecientes al subnivel medio de Educación General Básica (EGB) y, por otro lado, de 13 a 18 años, estudiantes del subnivel superior de EGB y Bachillerato General Unificado (BGU).

El texto se encuentra estructurado de la siguiente manera. Inicialmente, establezco algunas ideas relativas a la comprensión social de las identidades sexo genéricas en el espacio circunstancial; seguido, construyo un análisis comparativo entre las masculinidades y feminidades correspondientes al subnivel medio de EGB; luego, desarrollo una brecha para comprender el orden discursivo de nuevas feminidades apoyado, consecuentemente, con una referencia a los factores endógenos que la hacen posible; seguido, aludo a la conformación de las masculinidades hegemónicas, su prevalencia y reproducción simbólica; posteriormente, refiero un espacio para reflexionar sobre el discurso que

deconstruye el orden tradicional de género; finalmente, cierro este campo de estudio aludiendo algunas reflexiones que abren una arista para comprender un nuevo proyecto de género establecido en la nulidad de los idearios y representaciones tradicionalmente asumidas.

2. Comprensión social de las identidades sexo genéricas

En algunas aproximaciones epistemológicas se define la naturaleza del sujeto sobre una orientación holística que vincula las dimensiones biológica, psicológica, social y espiritual (Barbero et al. 2016). La plausibilidad de esta referencia es incuestionable por la magnitud del considerar al ser humano desde una multiplicidad de factores que definen su modo de ser en el mundo. Empero, en lo que atañe a este recorrido es fundamental priorizar la dimensión social en cuanto el pretendido análisis vuelca sobre las acciones humanas en función de la normatividad cultural, en lo que al género refiere, bajo un modelo binario condicionante y determinante de la praxis e identidad del sujeto.

Es imprescindible resaltar que el sujeto está, en tanto producto de la cultura, vinculado a una multiplicidad de antecedentes que lo determinan. En términos específicos, se puede aludir que “la identidad está formada por múltiples pertenencias; pero es imprescindible insistir otro tanto en el hecho de que es única, y que la vivimos como un todo”(Maaloof 2002 34). Este acercamiento es un postulado necesario en la relación sujeto – cultura en cuanto permite inferir la posibilidad de pensar la identidad desde factores no yuxtapuestos sino correlativos en los que se construye la identidad. En efecto, tomemos como referente la pertenencia sexo genérica, en tanto propicia un acercamiento paulatino a un modelo de construcción binaria en la que se extiende la relación del sujeto y su entorno, entendiendo a éste como un conjunto de elementos influidos por la misma producción histórico cultural (Rocha 2009; González et al. 2019). Esto exige visualizar la posición identitaria del sujeto desde un

análisis que viabilice la reflexión sobre su forma de ser, pensar y sentir en circunstancias relativas a su función vital.

Butler (2019) prevé de un acercamiento sistemático a la naturaleza social sexo genérica donde sostiene que “la univocidad del sexo, la coherencia interna del género y el marco binario para sexo y género son ficciones reguladoras que refuerzan y naturalizan los regímenes de poder convergentes de la opresión masculina y heterosexista” (2019 99). Esta dimensión binaria excede el campo estructural del deber ser de la sociedad, condiciona la normatividad del sujeto definiendo la exclusividad de conformarse solamente desde dos únicas posibilidades en el orden social. Ahora bien, es necesario entender este cometido desde una relación de poder vinculante de cultural e historia que, en cuanto conscientes de su ejercicio, acepta la realidad del “ser” solamente desde dos enfoques caracterizados por su afán de complementariedad, como varón y mujer.

Desde esta connotación, es posible argüir según Foucault (2007) que una ley, específicamente dada por algún orden cultural, impone un régimen binario que, a su vez, se convierte en único modo de inteligibilidad del sujeto en cuanto define lo lícito e ilícito, lo permitido y lo prohibido. El horizonte cultural, como horizonte de intelección unívoco de las prácticas sociales, exime otras posibilidades de manifestarse en el orden social por cuanto se adhiere a un proceso subyacente y sistemático de moralidad.

En consonancia con el fundamento social y cultural transversalizados por el dominio moral, es oportuno repensar la conformación de subjetividades desde una mirada complementaria. Al respecto, puedo considerar diversas ideas que surgen en afán de puntualizar la imagen sexo genérica binaria que conforman relaciones de poder determinantes en la que uno prevalece. En ello, Rich (1980) puntualiza que este sistema de pensamiento, que exige referirse no solamente como heterosexualidad sino como institución política, refiere a la imposición de una matriz de condiciones morales e ideológicas sobre las mujeres conminadas para garantizar el derecho masculino de acceso a su multiplicidad de pertenencias. El binarismo implica una relación de

poder y sometimiento histórico y legítimamente constituido por el orden de género determinante que aliena tanto la autonomía como la autodeterminación de quien no es varón. Esta mirada invita a pensar en la sentencia del prevalente orden sexo genérico catalogado como heteronorma, mirada que reviste la naturaleza del sujeto en dos perspectivas unilaterales y legítimas en las que únicamente debe ser comprendido el sujeto (Wittig 2016; Cruz y Canaval 2020) la poeta y activista lesbiana Monique Wittig revolucionó el campo de los estudios feministas con la publicación de *El pensamiento heterosexual*, obra que se ha convertido ya en un clásico y que supuso uno de los hitos precursores fundamentales de la Teoría queer. Wittig no analiza “la heterosexualidad” en el sentido de las prácticas sexuales, sino como régimen político. El dispositivo heterocentrado consiste en una pluralidad de discursos sobre las ciencias llamadas “humanas” que producen e instauran heteronormas en materia de sexo, de género y de filiación. Una novedad importante de este ensayo es que también se va a enfrentar a la corriente del feminismo tradicional (ella lo llama “hetero-feminismo”).

Entender la heteronormatividad exige reconocer la posición del sujeto en sociedad desde un entramado sistemático de relaciones. En efecto, sostienen Corlett et al. (2021) que la heteronormatividad se reproduce en función de estructuras sociales organizativas. Sin la pretensión de reducir el cometido a un espacio único de reflexión, el proceso de escolarización institucionalizada conforma una de las imágenes más importantes para priorizar este análisis por cuanto “la escuela...enseña las “habilidades” bajo formas que aseguran el sometimiento a la ideología dominante o el dominio de su práctica” (Althusser 1974 9). Por tal razón, el reconocimiento de la transmisión cultural bajo el orden dominante conmueve pensar en la instrumentalización de este “aparato ideológico” para la reproducción de una imagen que, desde el ámbito al cual nos referimos, conforma subjetividades cuyo margen binario es el estándar de lo que se denomina normalidad.

Queda claro que la reproducción de la imagen heteronormada como imperativo social prevalece por factores propicios a la transmisión ideológica mediante la institucionalidad de la educación. Construir un análisis icónico sobre la forma de esta permanencia exige profundizar la reflexión de la escuela no solamente como sistema de principios epistemológicos e ideológicos, sino también morales sometidas por una cultura de dominio. Con esta pretensión, es necesario identificar el análisis de Bourdieu quien sostiene que “la Escuela... incluso cuando está liberada del poder de la Iglesia, sigue transmitiendo los presupuestos de la representación patriarcal (basada en la homología entre la relación hombre/mujer y la relación adulto/niño)” (2000 108). Estos antecedentes reúnen las condiciones para identificar a la escuela como matriz de reproducción y transmisión de una asimetría en el simbolismo práctico cultural.

Este antecedente implica resaltar el orden sexo genérico que subyace la construcción de un canon de subordinación para la mujer. Desde el corazón de las prácticas cotidianas de la escuela, es imperativo reflexionar sobre la legitimidad de la regla moral que prevalece en su institucionalidad pese a que, en la mayoría de los casos, se autodenomina secular. Todas estas inclinaciones posibilitan catalogar al espacio educativo como institución que imbrica la internalización de un sistema de valores que parten del dominio de una cultura, condiciones auténticas en las que Sau (1993) denuncia que tales prácticas de esta institución transmiten la supremacía del hombre y la invisibilidad de la mujer. Consecuentemente, la escuela construye una imagen aumentada que alude a una masculinidad hegemónica prescrita por códigos, principios y lineamientos implícitos que subyace la totalidad de sus prácticas cotidianas en este espacio de enseñanza (Díez 2015; Garay et al. 2017; Torres Hernández 2023).

Las ideas compartidas hasta el momento permiten repensar el rol de la educación institucionalizada y su papel en la cultura conforme a la prevalencia de un sistema de relaciones hegemónicas sexo genéricas. En efecto, es claro que el proceso identitario, visto desde este espacio, se va definiendo desde diversas formas

y pertenencias por cuanto es “una construcción simbólica, asociada a determinados sentidos y significados que le atribuyen carácter, estructura y funcionalidad, en constante interacción con los contenidos educativos que entran a tener influencia” (Brito 2008 38). Esta característica permite sostener según Foucault (1991) que la construcción de la identidad, vincula una relación de poder sistemática entre el yo y los otros, el reconocimiento de este antecedente es imprescindible para entender el proceso de subjetivación. Sin duda, la institución escolarizada refiere completamente las condiciones en las cuales se imbrica el proceso de relación entre el yo, la historicidad y la cultura que define factores ideológicos vinculantes de la sociedad que materializa subjetividades desde una visión sexo genérica hegemónica.

Es oportuno visualizar, por otro lado, no solamente a la escuela como un dispositivo de reproducción hegemónica de la cultura. Desde la práctica consciente de la misma, implica reconocerla como un espacio en el que se abre una posibilidad de pensar la subjetividad, la conformación de la identidad y todos los elementos que intervienen en este proceso. Al respecto, Giroux (1999) internaliza esta afirmación en cuanto

rechaza la noción de que las escuelas son simplemente sitios de instrucción y, al hacer esto, no sólo politiza la noción de cultura, sino que señala la necesidad de analizar la cultura de la escuela dentro de un terreno cambiante, de lucha y contestación. (148)

La educación institucionalizada, por tanto, abre la posibilidad de pensar no solamente en el rol de esta en la sociedad, más bien, ubica en el centro de la práctica pedagógica al sujeto como agente que reconoce la naturaleza del proceso pedagógico como proceso sistemático que exige conciencia de cambio cultural y el rol activo que éste debe asumir en ella.

Foucault abre otra arista para pensar la institución aludida como un espacio de resistencia, describiendo la posibilidad en el que la práctica del sujeto agente ponga entre paréntesis el orden hegemónico cultural. El autor mencionado sostendrá que

“donde hay poder hay resistencia, y (...), ésta nunca está en posición de exterioridad respecto del poder” (Foucault 2007 116). Por tal razón, la escuela es entendida no solamente como un espacio en el que el sujeto se somete a la cultura hegemónica, sino también, como almaciga que gesta posibilidades contiguas de ir en contra de tal imagen asimétrica cultural.

En términos relativos a nuestro interés, la escuela se configura como espacio de resistencia en el que el sujeto conlleva principios de agenciamiento que críticamente externalizan tanto el orden como las brechas sexo genéricas impuestas (Soler 2009; Bealy y Karmy 2016; Santana 2021). Esta pretensión subjetiva se enlaza a formulación consecuente: “la resistencia contra la dominación ideológica requiere una contraideología -una negación- que ofrecerá realmente una forma normativa general al conjunto de prácticas de resistencia” (Scott y Aguilar Mora 2003 147). La escuela consolida la prerrogativa de crear un contradiscurso y acciones iterativas integrantes de la inconformidad del sujeto frente a los postulados hegemónicas que revisten en ella.

La identidad es un proceso que se va construyendo en la interacción del sujeto con los diversos escenarios del mundo, no es un “algo” dado ni definido. Es menester tener presente que el sujeto se integra desde diferentes pertenencias del orden cultural. Por esta razón, se puntualizó los aspectos más representativos desde la cultura como orden de género heteronormativo y hegemónico que se trasmite desde el espacio de enseñanza. En adelante se construye una reflexión de acuerdo con la posición del sujeto educativo según el grado de escolaridad a la cual refiere. Se pretende un análisis sobre los factores pedagógicos vinculantes tanto de la normatividad, discurso y contradiscurso del orden sexo genérico en este espacio de enseñanza.

3. Dimensión comparativa de la percepción de género en estudiantes del subnivel medio de EGB

Construir un análisis comparativo sobre el orden de género, principio orientador las prácticas cotidianas de las y los estudiantes, exige comprender su estructura desde un núcleo social interno. La figura fundamental que se resalta en esta insignia es la familia en la medida que confiere un rol esencial a la conformación del discurso y las representaciones sistemáticas del ser, parecer y corresponder a una identidad genérica.

Con base a este antecedente, es importante dirigirse a las entrevistas realizadas a estudiantes del subnivel medio de EGB, insumo en el que se evidencia la continuidad de la reproducción de idearios y representaciones de género. Para argumentar este postulado se parte de la visualización del discurso de los sujetos contruidos sobre su propia ontología. En este recorrido, conviene señalar el comentario de una estudiante que resume: “ser mujer significa disfrutar de la vida con las personas que son cercanas, ser hija de Dios y ser protegida” (Valentina, 10 años). En esta misma orientación, una de sus compañeras sostiene que “ser mujer es usar perfume, maquillaje, ser bonita. Y hay cosas que solamente pasan a las mujeres, ya usted sabe” (Elena, 11 años). Esta muestra identifica rasgos particulares que definen la asimilación inconsciente de la rigidez cultural que determina la vida cotidiana de los sujetos.

La construcción discursiva de las estudiantes que se encuentran en este grado etario y académico permite definir que la imagen asimétrica del género es una categoría práctica transmitida implícitamente conforme a un modelo sexo genérico hegemónico que infantiliza e inferioriza a la mujer, relega a un espacio de atención, protección y cuidado. La fatalidad que evoca este modelo se determina en que “la elaboración individual del género, y nuestros propios comportamientos contribuyen a fortalecer y a adaptar las instituciones y estructuras sociales de tal manera que, consciente o inconscientemente, ayudamos a preservar los sistemas patriarcales” (Kaufman 1999 6).

Para detallar la sistematicidad relacional de las asignaciones tradicionales a los sujetos, es necesario puntualizar que no solamente la feminidad se encuentra inmersa en un discurso que promueve la naturalización de una ética de dominio (Bourdieu 2000). La masculinidad manifestada en este grupo etario deviene en la consolidación de mismas características referidas sobre la conformación genérica. En efecto, un estudiante sostiene que “ser varón es llevar el pan de cada día a la casa, ser muy trabajador y también valiente” (Felipe, 10 años). Sobre este eje de relación, otro de los estudiantes sostiene que “ser hombre es dar protección a la mujer y defender derechos que tenemos desde chiquitos” (Isaac, 11 años). Estas aproximaciones doxológicas en la cotidianidad de los estudiantes no hacen más que consolidar la idea de que el orden de género beneficia a la masculinidad por cuanto se encuentra en una posición jerárquica sobre su opuesto, asumen y reproducen roles de proveedores y protectores desde edades tempranas.

En consonancia con lo señalado, los estudiantes entrevistados que están en el margen de 10 a 13 años, puntualizaron que son sus padres quienes asumen el rol de enseñarles cómo deben ser y, sobre todo, de qué manera deben actuar como hombres y mujeres respectivamente. Esta aproximación clarifica, en términos de Serrato y Balbuena (2015) que:

la familia es una de las principales fuentes de conocimiento social, pues es la que provee todo un código de valores (...) el reducto en que se promueve con intensidad una lógica heterosexual que inunda los espacios más íntimos de los sujetos con la intención de controlarlos: su sexualidad y sus cuerpos. (153).

Con relación a este principio, es posible legitimar el presupuesto de que la familia es la institución, por excelencia, encargada de la asignación e internalización tanto de roles como de representaciones sexo genéricos en sus hijos. Por tal razón, es clave comprender que las orientaciones de la historia y cultura familiar

predominan en la semiótica discursiva de este núcleo social que reproducen y sistematizan el deber ser de los sujetos.

Para puntualizar la imagen reiterativa del género en ese grupo referido, es necesario resaltar que en una entrevista una estudiante sostuvo: “mi mamá me enseña a ser una persona ordenada, arreglada y bonita, también me enseña a cocinar y a veces a planchar” (Kelly, 10 años). Esta reseña define la asignación de los roles se define no solamente desde la imagen femenina sino también desde su opuesto. En efecto, un estudiante resalta que “mi papá me enseña que debo ser caballeroso, ayudar a las mujeres y traer el pan de cada día a la casa” (Emilio, 10 años). Desde este criterio de relación, es imprescindible reconocer que son los padres quienes reproducen un orden de género consensuado con las prácticas tradicionales y culturales de la división sexual del trabajo y demás factores que determinan la prevalencia heteronormativa de la acción social.

Según confiere las intervenciones de las y los estudiantes en las entrevistas, conviene señalar que la imagen de una imposición discursiva y practica del género construida en el seno familiar se enfatiza en la simbolización de la feminidad y masculinidad dirigidas en torno a un sistema jerárquico y proporcional a la posición en la que se encuentran los sujetos; tanto feminidad y masculinidad prevalecen en un mismo orden de género tradicionalmente constituido. El hombre se concibe como superior en el espacio público y la mujer prevalece en un sistema de relación social privada donde predomina el cuidado, lo doméstico. Este tópico conforma el antecedente en el que es posible comprender la continua reproducción de la sociedad y la cultura en torno a la relación sistemática de figuras reiterativas al marianismo y machismo (Fuller 1995).

Como se ha podido visualizar en este breve recorrido, el discurso sobre la percepción de género en los estudiantes del subnivel medio de EGB se manifiesta unilateral a la condición relacional de los sujetos. La imagen tradicional impera incuestionable y naturalizada por influencia determinante del núcleo familiar. Sin embargo, para abarcar las identidades que se performan en

edades consecuentes se abre una arista para cuestionar el alcance de la familia para formar identidades en su proceso socio evolutivo.

4. Feminidad en transición

En el estamento de escolaridad previo, se resaltó que el discurso de las y los estudiantes viene determinado por preceptivas culturales hegemónicas que, directamente proporcional a su legado, legitima tanto roles como representaciones de género consolidadas en la heteronorma. Sin embargo, a partir de la sección secundaria, EGB superior y BGU, se puede visualizar un cambio de perspectiva, especialmente en las mujeres, sobre la autopercepción identitaria y discursiva en torno al género. En consecuencia, en este espacio conviene problematizar la incidencia cultural tradicional que abre una arista para sostener el devenir de feminidades que provocan ecos incuestionables de nuevas conciencias de género.

Con este objeto de análisis pretendido, es oportuno resaltar una de las entrevistas realizadas a una estudiante en la que sostiene: “ser mujer significa ser un ser humano como todos los demás, con derechos y obligaciones y poder hacer las mismas cosas que hacen los hombres como: manejar camiones, volquetas y muchas cosas más” (María, 13 años). Esta connotación es un claro ejemplo del advenimiento de un proceso sistemático que cuestiona la legitimidad del orden patriarcal del género. Coloca en consonancia tanto las actitudes como las posibilidades del ser mujer en la que, como crítica a un estamento sistemático de reproducción sexo genérica, genera espacios para comprender una nueva normalización de roles que debilitan los estereotipos tradicionalmente definidos.

La conformación del discurso sexo genérico en la intervención señalada evoca un vínculo ambivalente necesario para comprender el proceso de subjetivación de estos sujetos. Por una parte, hay consciencia del alcance de la conformación de

las masculinidades como identidades privilegiadas en el sistema social y, por otro lado, hay autodeterminación en subvertir este orden de género desde el empoderamiento de la autenticidad de un discurso propio. En consonancia con este factor, una entrevistada sostuvo que: “yo como mujer puedo lograr lo que me proponga porque yo puedo y soy capaz de todo. Puedo seguir adelante por mí misma” (Lady, 13 años). Esta reseña demuestra conciencia y subversión que, sin prescindir del vínculo etario de estos sujetos, accede al reconocimiento y prevalencia de un discurso que difiere del tradicional.

Gestar un discurso afín a la autodeterminación e independencia subjetiva implica reconocer el sistema de relaciones sociales en el que este se desarrolla. Bajo esta perspectiva, una estudiante de bachillerato sostiene que: “como mujeres nos damos a respetar, nos valoramos, además de todo también ser mujer es demostrar que podemos y no ser humilladas, demostrar nuestra dignidad y sobre todo como somos” (Emily, 16 años). Desde la singularidad de esta reflexión, se puede delimitar que el empoderamiento deviene en comprender su posición como sujeto arrojado a un espacio social en el que no exime de su horizonte de posibilidades. Por tales razones, la femineidad consiente de sus dimensiones óptica y ontológica asume “la capacidad y la voluntad de hacer por sí misma elecciones sobre su futuro. Tomar conciencia de su propio proyecto de vida y de los retos a los que se enfrenta” (Charlier y Caubergs 2007 13).

Los elementos detallados identifican la transición del orden discursivo, exponen la ausencia de una relación vertical que asume subjetividades dependientes y prioriza una relación sistemática horizontal en la que hay conciencia y, sobretodo, autodeterminación de los sujetos antaño relegados a una posición tradicionalmente gobernada. Desde este punto de vista, es menester acentuar la postura de una estudiante del último año de bachillerato en cuanto sostiene:

Siempre se ha visto al hombre como el más importante de la sociedad, pero una mujer también es importante por el hecho de trabajar, mantener el hogar, albergar vida, somos capaces

de mantener armonía con la familia, somos capaces de todo y eso es lo que nos hace ser mujeres” (Camila, 18 años).

El cambio del esencialismo marianista que evoca este constructo doxológico, resume la progresión de conocimiento e internalización de una conciencia que critica al orden cultural sexo genérico consolidado. Es parte del proceso de escolarización que, en términos de Giroux (1999), conmueve resistencia y cambio contracultural gestado en el seno de conciencias relativas al espacio académico.

Conviene señalar que el diseño estructural del discurso de las señoritas estudiantes evidentemente manifiesta el advenimiento de un nuevo orden de género. Este interés deviene de dos puntos de vista, por un lado, desde la incidencia de la madre como núcleo de cuidado, y por otro, desde la interacción de los sujetos con las redes sociales, elemento constituido como dispositivo de internalización de nuevas prácticas y comportamientos en materia de género.

4.1 Factores endógenos para la comprensión de nuevas feminidades

Las entrevistas aplicadas a las estudiantes reflejan la idea de que la transición en el discurso de cuidado, respeto, valoración de sí, incluido los demás aspectos constitutivos de su empoderamiento, vienen dados por la influencia de la madre. Como acompañante próxima de los hechos circunstanciales de la vida de los sujetos, esta figura define un horizonte práctico determinante del deber ser de la feminidad en el espacio de convivencia. Afín a esta idea referida, una de las estudiantes resume este principio detallando: “mi madre me enseña a ser mujer, a ser valiente, a luchar y sobre todo a reconocer lo que hago mal. Me enseña a no dejarme ofender o ser humillada, me ha hecho entender que mi cuerpo y mi dignidad vale oro” (Brigitte, 16 años). En esta muestra es clave identificar una dimensión bipartita de conciencias.

El cambio en el discurso de las estudiantes deviene del cambio y conciencia en el discurso de sus madres. Aquellas adjudican un rol fundamental en la conformación de identidades conscientes de que los mismos hechos que conjugan la polaridad necesitan ser problematizados, acto en que las feminidades toman un rol protagónico en autonomía y autodeterminación.

Como dato complementario, este proceso de formación de consciencias está provisto de un soporte tecnológico fundamental que facilita el desarrollo de la dimensión crítica de estas feminidades en su proceso de subjetivación (Foucault 2003). La incidencia de este “dispositivo” conviene describirlo como una estructura que precisa la interacción de las nuevas identidades con sus intereses, valores o principios afines al empoderamiento de estas consciencias, la complejidad que ampliamente aborda este espectro se denomina redes sociales.

Con relación a lo mencionado, en varias entrevistas las estudiantes resaltaron que la interacción con el contenido, en materia de género, les permitió ampliar su conocimiento y alinearse a su actual discurso. Tomo como base esta opinión que reza:

Después de pandemia todos regresamos con perspectivas diferentes de lo que es el género porque teníamos más tiempo para descubrirnos y buscar la forma de saber quiénes somos. Yo creo que fueron las redes sociales las que nos dieron una forma diferente de pensar y la mayoría de la sociedad piensa lo mismo. (Dariana, 17 años).

Este acercamiento permite dilucidar el alineamiento de los sujetos frente al consumo de contenido referente a los temas de género, específicamente al rol social de las feminidades que internaliza una conciencia práctica que acaece en la ruptura del modelo sexo genérico tradicional. De igual modo, es evidente que la crisis sanitaria del SARS- CoV-2 en este grupo social, con características socio económicas y etarias definidas, favoreció la consolidación sistemática de las identidades en interacción con el contenido referente a la conciencia de una nueva normativa en la que se “performan” feminidades. Esta es la razón por la cual

esta aseveración implica reconocer que las identidades en proceso de subjetivación devienen según las circunstancias sociales a las cuales están expuestas, no son identidades constituidas, se hacen según probabilidades performativas de género que, como se ha detallado según la mirada de las estudiantes, se hacen fuera de marcos restrictivos (Butler 2019).

Este breve espacio sistematizó dos factores puntuales para dirimir que las identidades feminizadas están en transición. En adelante, queda por descubrir cuáles son las implicaciones de las masculinidades para la construcción y establecimiento del discurso de género en este grupo social.

5. Modelo reproductivo de masculinidades hegemónicas

Para propiciar un acercamiento continuo a la constitución de las masculinidades es pertinente referirse al ideario que mantienen los estudiantes tanto sobre las identidades como el rol que ejercen, o deber ejercer, en el espacio social. Con este cometido, se puntualiza algunos acercamientos paulatinos desde los niveles de escolaridad temprana y superior de los estudiantes de la Institución Educativa.

Partiendo del presupuesto dilucidado se identifica diversos elementos que internalizan la reproducción del orden tradicional de género. Cuando se preguntó por el deber ser del hombre y la mujer en el espacio social, uno de los estudiantes asumió que: “un hombre tiene que ser fuerte, valiente y la mujer debe ser amorosa” (Aidan, 10 años). La composición de este discurso destaca una idea compartida con las identidades feminizadas que se encuentran en este grupo etario. En efecto, entre las respuestas dadas por las niñas a la misma interrogante, es común encontrar detalles como: “las mujeres debemos ser amorosas, respetuosas, amables y los hombres detallistas y muy caballerosos” (Scarlett, 10 años). Estas apreciaciones resaltan el carácter relacional de la construcción de las masculinidades con su opuesto, las mismas que se evidencian en un estamento asimétrico de asignación de

roles e idearios específicos, antecedente que permite sostener que “en la dominación de la masculinidad hegemónica la intención es establecer una forma de control indetectable” (Schongut 2012 55).

Conforme a las ideas referidas, el simbolismo de la dominación masculina sobre el discurso normativo de las identidades puede ser considerado, sea implícita o subyacente a todo proyecto subjetivo, como el código de ética que sienta las bases para definir que “tanto los papeles del varón como de la mujer consisten en reproducir estructuras sociales en lugar de recorrer un sendero, socialmente neutro e irrelevante, de autorrealización personal” (Vendrell 2002 21). Esta prevalencia pseudo romántica de feminidades y masculinidades reflejadas en el discurso de las y los estudiantes, son establecidas por los constructos socioculturales, proporcionales a la estructura de internalización de valores y conductas que, como ya se detalló con anterioridad, forman parte de un continuum deliberado por quienes fungen el rol de educadores primarios.

Concomitantes al proceso cultural, es imprescindible reconocer que los estudiantes asumen el privilegio de estar en una posición de superioridad desde donde se piensan entes gestores, no solamente de su autodeterminación, sino también del comportamiento y del rol social que deben fungir las feminidades. Al respecto, un estudiante mencionó: “ellas deben cocinar y arreglar la casa, ellas hacen el trabajo suave” (Fuentes, 12 años). La particularidad es que, en el común de las entrevistas, este discurso no varía a medida que los sujetos cumplen años, más bien lo reafirman. A tenor, sostiene un estudiante: “la mujer tiene que ayudar a controlar la tranquilidad en la casa, a ser empática con los hombres y en cambio nosotros debemos llevar paz al hogar, ser un líder en la escuela” (Nicolás, 16 años). Desde este punto de vista, conviene señalar que el espacio social pensado por los estudiantes está legitimado, en términos de Olavarría (2003), como un modelo sexista y heterosexista en el que los hombres asumen la apariencia de ser más importantes que las mujeres, relegando a las mismas prescripciones intransferibles del dominio privado.

En función de un tradicionalismo exacerbado en principios y formas de subordinación, otro de los aspectos que permite evidenciar la prevalencia de las masculinidades hegemónicas en este contexto particular, define la simbolización dicotómica de los sexos que Fuller (1995) nomina en función de figuras adaptadas al marianismo y machismo. Al respecto, un estudiante sostiene que “la mujer debe ser cariñosa, protectora, responsable y el hombre debe ser caballeroso, trabajador y también respetuoso” (Esteban, 17 años). De la misma manera, otro estudiante sostiene que “el hombre ideal debe tener inteligencia, competitividad, capacidad de liderazgo y la mujer debe caracterizarse por la fidelidad, apoyo incondicional, debe ser complemento para el hombre” (Michael, 18 años). El discurso, con relación a las opiniones de los estudiantes reflejados en el transcurso de este apartado, naturaliza la condición de la feminidad como estructura arrojada a un espacio de orden y control plena de la autoridad masculina. Este antecedente evidencia, como sostiene Conell (1997) que es “la legitimidad del patriarcado, la que garantiza (o se toma para garantizar) la posición dominante de los hombres y la subordinación de las mujeres” (12).

El conjunto de estas experiencias previas se consolidan como elementos fundamentales que legitiman el discurso social dominante de la imagen masculina, son precursores de un orden sexo genérico constituido debido a la subordinación de la mujer. Sin embargo, es menester resaltar que, entre las encuestas realizadas, existe un pequeño y singular grupo que construyen su ideario de masculinidad con factores adyacentes que vinculan a su estructura una relación inmanente de comportamientos “domésticos” que los llevan a internalizar la responsabilidad del trabajo reproductivo en la familia. En efecto, para esta última instancia se alude a las siguientes opiniones que no reducen a la masculinidad solamente como apoyo en las actividades reproductivas. Se asigna como prioridad a aquellas identidades que toman conciencia de la falsa exclusividad del rol de proveedores y asumen que las actividades reproductivas no solamente son compartidas

sino son de plena responsabilidad de sujeto conforme a las circunstancias de cuidado.

6. Conciencias subversivas y nuevas representaciones de masculinidad

La diferencia etaria, en perspectiva ascendente, promueve una forma paulatina de ir comprendiendo el proceso de reconocimiento de una masculinidad que se fortalece en lo cotidiano. En consecuencia, cuando se interrogó sobre las actividades reproductivas del hogar, uno de los estudiantes entrevistados comenta: “en la casa, por lo que dicen mis papas y todo, ayudo barriendo, lavando platos, etc.” (Leonel, 13 años). El ideario subyacente de esta consigna implica un proceso contracultural que lleva a comprender a las actividades reproductivas como prácticas no relativas a una condición de género. De la misma manera, en este recorrido etario, es oportuno resaltar la normatividad de los comportamientos en la vida privada. En esta perspectiva, un estudiante detalla que “un hombre debe hacer las cosas de la casa, limpiar, arreglar y compartir estos valores en familia” (Adrián, 15 años). Esta afirmación consolida la naturalización de un discurso que fragmenta la perspectiva hegemónica de las masculinidades, dando paso a una nueva forma de entender que un hombre puede y, sobretodo, debe asimilar las tareas reproductivas y conformarlas en su dimensión práctica y axiológica.

Esta forma diferente de entender las masculinidades en este entorno escolarizado inquiera el reconocimiento de que tanto hombres como mujeres están en un mismo horizonte práctico de posibilidad. Al respecto, un estudiante resalta: “tanto hombres y mujeres tienen responsabilidades compartidas. No hay nada que una mujer no pueda hacer y un hombre sí, no hay nada que un hombre no pueda hacer y una mujer sí” (Samir, 17 años). Si volvemos la mirada al orden del discurso, se gesta una conciencia enmarcada y fundada en términos de igualdad y legitimidad. Es una propuesta que trasciende una cultura y se establece al

margen de la tradición; la obligación no pertenece a un sujeto sino más bien es relativo a quienes están implicados en la cotidianidad. Esta referencia posibilita comprender esta prescripción que resume el ideario de estas conciencias: “en casa un hombre debe encargarse del cuidado de sus hijos. Su trabajo y labor debe ser ese, realizar lo mismo que realiza la mujer” (Daniel, 17 años). La normativa del deber se convierte en condición mediante la cual se alcanza, o al menos se pretende, reorientar el deber ser y el deber hacer de los sujetos en este nuevo proceso de intelección del discurso de género.

Si bien, desde un punto referencial, los cuidados del hogar forman parte de una concepción de identidades masculinas, es menester resaltar que la “domesticación” de la masculinidad también implica ser contenedores emocionales. En una de las entrevistas un estudiante puntualizo: “la responsabilidad de un hombre en la casa incluye tareas domésticas. Mantenimiento del hogar, apoyo emocional en la familia, la escuela y el trabajo. Ya depende de sus habilidades y responsabilidades” (Andrés, 17 años). Esta apreciación consolida las nuevas masculinidades tienen el alcance determinante de dar cumplimiento con los factores reiterativos de la vida privada en la cultura. Al entender que la contención emocional no es tarea de la feminidad, sino que es atribuida a la imagen masculina en una misma magnitud, deber y consistencia, cambia el orden del discurso establecido; no solamente las tareas domésticas, sino también la centralidad del cuidado familiar son promotoras de la transición práctica y discursiva de la percepción de género.

El recurso etario, que implícitamente permitió dilucidar algunas ideas sobre la conformación del discurso sistemático de nuevas masculinidades, refiere a un proceso práctico y discursivo, cuyo proceso inicia con el cumplimiento de actividades en el hogar y se consolida con una implicación emocional en este espacio de reproducción vital. Es el eje central desde donde se asume una perspectiva de género enmarcada en una nueva imagen de masculinidad, fundamento mediante el cual se distingue de lo tradicionalmente constituido; es el advenimiento del

cambio de un modelo de jerarquía, subordinación y dominación a expensas de un nuevo orden que constituye igualdad, libertad y reflexividad (Abarca 2000).

7. Conclusión

En el transcurso de este análisis se evidenció que el proceso de comprensión social de las identidades de género parte de un conjunto de elementos que lo legitiman en estatus binario. La herencia heteronormativa que prevalece en este estamento simbólico, infiere en la determinación del discurso y representaciones de género concebidos y reproducidos por un sistema esencialista y biologicista del mismo. La construcción de masculinidades y feminidades relativos a estos idearios es una muestra de la continuidad de este incuestionable de una hegemonía del género que prevalece en los espacios minúsculos de los sujetos referidos a lo largo de este espacio de reflexión. Sin embargo, mirar este proceso de construcción de identidad desde la incidencia escolarizada, implica generar un espacio para problematizar este discurso predominante y resaltar las pocas conciencias subversivas en la medida que abren la posibilidad de gestar un nuevo horizonte de practicidad.

Este recorrido por el escenario escolar permitió identificar que el factor etario es clave para comprender la evolución del sostenimiento y transición en el discurso hegemónico sexo genérico. En efecto, los estudiantes del subnivel medio de EGB, tanto hombres como mujeres sostuvieron un mismo patrón simbólico sobre sus roles y representaciones en la vida cotidiana; las mujeres determinadas al espacio privado y los hombres legitimados en su dominio público y proveedor. Con referencia a estos últimos, es necesario resaltar que el discurso de las masculinidades, según las características referidas, prevalece concomitante a sistema simbólico tradicional. No obstante, con relación a las mujeres que forman parte de la secundaria, subnivel superior de EGB y BGU, transitan a un discurso que empodera su práctica

cotidiana. Tanto la centralidad de la escuela como espacio de resistencia, el discurso determinante de la madre y el consumo de contenido referente al género en las redes sociales, son factores que favorecen la construcción de nuevas feminidades orientadas por el reconocimiento de su condición y posibilidad ontológica que implica tal identidad en este orden hegemónico cultural.

En último momento, frente a la prevalencia del orden de género fundado en la heteronorma, se abre una arista para cuestionar la relación entre este discurso y el proceso performativo de los sujetos. Se evidenció que existen personas que se alejan del canon establecido, tanto en la construcción del discurso como en su vida práctica. El eje central de esta orientación deviene en el ejercicio de la vida cotidiana, específicamente en las tareas reproductivas, las mismas que redefinen el rol al cual se orientan los sujetos. En efecto, las nuevas conciencias asumen que tanto las actividades del ejercicio doméstico, como las de contención emocional, no forman parte del reducto a una conformación identitaria. Tanto masculinidades como feminidades infieren esta posibilidad de “ser”, son conciencias necesarias y suficientes que producen eco que trasciende un espacio académico, su vida, su contexto y contribuyen a gestar una nueva normalización simbólica de identidades en transición.

* * *

Obras citadas

- Abarca, Humberto. *Discontinuidades en el modelo hegemónico de masculinidad*. Centro de Estudios de Estado y Sociedad, 2000.
- Althusser, Louis. *Ideología y aparatos ideológicos de Estado*. Nueva Visión, 1974.
- Barbero, Javier, et al. “Manual para la atención psicosocial y espiritual a personas con enfermedades avanzadas. *Psicooncología*, 13(2-3), 2016, pp. 433-434. <https://doi.org/10.5209/PSIC.54448>
- Bealy, Anthony, y M. Karmy. *Reproducción, oposición y resistencia en el ámbito escolar: un acercamiento a los procesos de subjetivación de sexo/*

- género/clase en la escuela. Pontificia Universidad Católica de Valparaíso, 2016.
- Bourdieu, Pierre. *La dominación masculina*. Editorial Anagrama, 2000.
- Brito, Zailyn. *Paulo Freire: Contribuciones para la pedagogía*. CLACSO, 2008.
- Butler, Judith. *El género en disputa: El feminismo y la subversión de la identidad*. Paidós, 2019.
- Charlier, Sophie y Lisette Caubergs. *El proceso de empoderamiento de las mujeres*. Comisión de Mujeres y Desarrollo, 2007.
- Connell, Robert W. "La Organización Social de la Masculinidad". *Maculindades. Poder y crisis*. Editores Teresa Valdés y José Olavarría, 1997, pp. 1-25.
- Corlett, Sara, et al. *¿Cómo se manifiesta la heteronormatividad en las organizaciones? Un acercamiento desde la literatura científica*. Universidad de Granada, 2021.
- Cruz, Deicy y Gladis Canaval. *Violencia de género: Un análisis evolutivo del concepto*. Universidad y Salud, 22 (2), 2020, pp. 178-185.
- Díez, Javier. "Códigos de masculinidad hegemónica en educación." *Revista Iberoamericana de Educación*, 68, 2015, pp. 79-98.
- Foucault, Michael. *El sujeto y el poder*. Carpe Diem, 1991.
- . *Historia de la sexualidad 2-el uso de los placeres*. Siglo Veintiuno Editores, 2003.
- . *Historia de la sexualidad (trigésimo primera)*. Siglo Veintiuno Editores, 2007.
- Fuller, Norma. *En Torno a la Polaridad Marianismo-Machismo*. Ediciones Uniandes: Facultad de Ciencias Humanas: TM Editores, 1995.
- Garay, Beatriz, et al. *Los recreos, laboratorios para la construcción social de la masculinidad hegemónica*. Ediciones Universidad de Salamanca, 29 (2), 2017, pp. 185-209.
- Giroux, Henry. *Teoría y resistencia en educación: Una pedagogía para la oposición*. Siglo XXI, 1999.
- González, Isabel, et al. "Entre el límite y la posibilidad: La construcción de identidad de género en la escuela." *NOVUM, revista de Ciencias Sociales Aplicadas*, II (9), 2019, pp. 147-165.
- Kaufman, Michael. "Las siete P's de la violencia de los hombres." *International Association for Studies of Men*, 6 (2), 1999.
- Maalouf, Amin. *Identidades asesinas*. Alianza Editorial, 2002.
- Olavarría, José. "Los estudios sobre masculinidades en América Latina. Un punto de vista." *Anuario Social y Político de América Latina y el Caribe*, 6, 2003, pp. 91-98.
- Rich, Adriane. *Heterosexualidad obligatoria y existencia lesbiana* 1. 1980.
- Rocha, Tania. "Desarrollo de la Identidad de Género desde una Perspectiva Psico-Socio-Cultural: Un Recorrido Conceptual." *Sociedad Interamericana de Psicología*, 43 (2), 2009, pp. 250-259.
- Santana, Marcos. "Horizonte Pedagógico y Subjetividades Intransigentes: Crítica al Orden Tradicionalista del Género." *Nomadías*, 30, 2021, pp. 321-341.

- Sau, Victoria. *Ser mujer, el fin de una imagen tradicional*. Icaria Editorial, 1993.
- Schongut, Nicolás. "La construcción social de la masculinidad: Poder, hegemonía y violencia." *Psicología, Conocimiento y Sociedad*, 2 (2), 2012, pp. 27-65.
- Scott, James y Jorge Aguilar. *Los dominados y el arte de la resistencia*. Editores Independientes, 2003.
- Serrato, Abraham y Raúl Balbuena. "Calladito y en la oscuridad. Heteronormatividad y clóset, los recursos de la biopolítica." *Culturales*, III, 2015, pp. 151-180.
- Soler, Susanna. "Los procesos de reproducción, resistencia y cambio de las relaciones tradicionales de género en la Educación Física: El caso del fútbol." *Cultura y Educación*, 21 (1), 2009, pp. 31-42.
- Torres, Jesús. "Desafíos a la masculinidad hegemónica en secundarias de la Ciudad de México." *Emerging Trends in Education*, 5 (10), 2023, pp. 37-48.
- Vendrell, Joan. "La masculinidad en cuestión. Reflexiones desde la antropología." *Nueva Antropología*, 61, 2002, pp. 31-52.
- Wittig, Monique. *El pensamiento heterosexual y otros ensayos*. Egales Editorial, 2016.

* * *